

## HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Por HORACIO BEJARANO DIAZ

### EL HOMBRE

El dos de abril del año pasado se cumplió siglo y medio del nacimiento del escritor danés tema de esta charla. Su vida y su obra se hallan tan francamente compenetrados, que basta leerlo para intuir a través de sus cuentos maravillosos algo de su personalidad o alguna peripecia de su curiosa accidentada existencia.

“El cuento de mi vida” es una a manera de autobiografía en donde podemos seguir a este niño peto, ya en su tierna infancia, ora en su juventud difícil, bien en sus horas de triunfo cuando logró imponerse ante sus contemporáneos como poeta, novelista y dramaturgo, pero, sobre todo, como autor de los “Cuentos”, que han sido motivo de solaz, escala de ensueño, materia de hondo pensar y dulce reminiscencia para varias generaciones.

Andersen no fue de esas celebridades que nacen hechas; tuvo que burilar su inteligencia con laboriosos estudios, martillar su corazón con el sufrimiento y la pobreza y edificar su vida sobre la base del propio esfuerzo; para hacerse inmortal no por obra y gracia de la nota laudatoria de la revista o el periódico, sino merced a su estilo sencillo, al manejo acertado de los recursos literarios, a su profundo conocimiento del corazón humano y a ese difícil arte de llevar las imaginaciones infantiles en alas de la fantasía al país de los bellos ensueños y de hacer pensar al hombre maduro con la profunda filosofía que en sus cuentos se encierra. Porque Andersen es una figura consagrada en la literatura universal y como autor de cuentos infantiles se pasea con los maestros del género, Perrault, Grimm, Schmid que no están lejos de Lafontaine, de Iriarte y de Samaniego, imitadores de los inventores del género entre los griegos y latinos, Esopo y Fedro.

En Odensea, capital de la Isla de Fiona se meció la cuna de Andersen. Sus abuelos fueron honrados campesinos; su padre no pasó de ser un modesto zapatero y su madre, cuando niña, pedía limosna. El escritor nunca renegó de la humildad de su cuna. En **El cuento de mi vida** nos refiere: “Mi padre tuvo que construirse el banco del taller

y el lecho nupcial; para éste último echó mano de algunas tablas con que se había formado el túmulo en que estuvo expuesto el féretro del conde de **Trampe**".

"Aún recuerdo haber visto clavados en ellas algunos pedacitos de bayeta negra. Pues, bien, el día dos de abril de 1805 en vez del cadáver del noble caballero, sustentaron aquellas tablas a un niño lleno de vida y llorando sin cesar. Era yo, **Hans Christian Andersen**". Cuánta sinceridad encierra este primer recuerdo de su llegada al mundo; por ello, más tarde, cuando empieza a sorprender al mundo literario con sus maravillosas creaciones, muchos de los héroes de sus **Cuentos** serán quienes como él han nacido de humilde cuna y que por su propio esfuerzo e inteligencia o astucia amargarán la vida de quienes, privilegiados de la fortuna, terminarán por ser arrojados al río en busca de unas imaginarias vacas marinas, como lo fue **Nicolason** por manos de **Nicolasillo**.

A la lumbre escasa del hogar en las frías noches de Dinamarca se leían en su casa "**Las mil y una noches**"; la lectura de este libro, todo fantasía, se quedó tan grabada en su espíritu que nunca pudo olvidarlo y cada uno de los cuentos orientales iba formando en su alma una elaboración inconsciente que después habrá de salir a flote en personajes o hechos superiores por el sello de la propia personalidad y de la verosimilitud, a la de los cuentos persas e indúes. Niño de imaginación precoz y viva que iba aprovechándose de todo cuanto le rodeaba y vistiéndola desde el penumbroso dintel de los primeros recuerdos con un halo de suave ensoñación, de tal modo que cuando supo escribir no tuvo otra trabajo que el de recordar esas impresiones para inspirar en ellas sus principales obras; esto es lo que lo ha hecho un maestro del cuento infantil y sus obras mejores son aquellas que tienen como protagonistas a niños; sino, basta recordar aquella "**Almendrita**" que nace de una flor cuya semilla ha enterrado una anciana en un tiesto de flores; aquel "**Fernandillo** o **Viejo conciliasueños**" que extendiendo un paraguas de dibujos sobre los ojos dormidos de los niños buenos, les hace soñar cosas maravillosas y sobre los ojos de los niños malos no extiende sino el paraguas sin dibujos, para que así duerman como si estuviesen muertos y se despierten sin haber soñado nada; o aquel par de niñitos protagonistas de "**La reina de la nieve**" que viven felices mientras un pedacito del espejo mágico no penetra en el corazón de **Key** y le hace ver y sentir cuanto le rodea deforme y desagradable y seguir tras la Reina de la Nieve, cuyo beso le enfría el corazón, con el pesar de su amiguita **Gerda** que le sigue a través de la estepa helada hasta rescatarlo con su sangre y sus lágrimas, del palacio encantado.

Andersen fue un niño sin juguetes como todo niño pobre; su único juguete consistió en un teatrillo mecánico en el que representaba a su modo las obras dramáticas en boga en su tiempo y en su ciudad nativa, principalmente un drama de Shakespeare; apenas sabía leer y escribir, cuando se echó al agua componiendo un primer drama, el que, según él mismo cuenta, era "una tragedia en la cual moría todo el mundo". A ésta siguió otra, movido quizás por el interés que la primera había despertado entre los muchachos vecinos y las comadres

de la cuadra; en ella figuraban, entre otros protagonistas, un rey y una reina; y como le hicieran notar que tan altos personajes no podían usar el mismo lenguaje del vulgo, buscó en los correspondientes diccionarios, palabras alemanas, francesas e inglesas y mezclándolas en monstruosa algarabía, las puso en boca del rey y la reina para que así no quedaran confundidos con los demás que en la obra intervenían.

La infancia de Andersen se deslizó dentro de un ambiente amable, mimado por sus padres, ya que era hijo único; reservado y melancólico pero dotado de una enorme simpatía, gustaba de jugar solo las más veces, porque quería vivir su mundo interior hecho de fantasía, de anhelos y de sentimientos suaves que empezaban a despertarse; el teatrillo de que hemos hablado, unos cuantos grabados y libros de cuentos de segunda mano, eran sus inseparables compañeros; en esa casa que era como la prisión de un niño poeta, sin saberlo, iba realizando su encuentro paulatino con la vida, alimentando sus aspiraciones, tan fantásticas como todo lo suyo, dejando pasar la vida con esa inconciencia de la infancia en la que parece no existir el accidente tiempo, ya que los recuerdos del pasado no tienen lugar y las previsiones del futuro no existen; porque eso es la niñez: un presente que en cada día se realiza, una especie de estacionamiento ideal de la sucesión de días, semanas, meses y años; de ahí el secreto de relativa felicidad y plenitud de tal edad. Pero comenzó a apuntar la juventud y con ella el viacrucis de Andersen; eran un martirio para su espíritu aquellas ilusiones tan cariñosamente alimentadas pero sin posible realización, pues le faltaban la instrucción y la fortuna para realizarlas. Su padre había muerto y la pobreza con todas sus secuelas había penetrado de sopetón a su hogar; entra de aprendiz en una fábrica; pero no solamente era inepto para el trabajo material sino que con su voz magnífica distraía a los trabajadores cantando trozos de comedia que recitaba muy poseído de su oficio; sus parientes y amigos le exhortaban a concretarse y someterse a la realidad de la vida, a dejar de pensar en el futuro como un irresponsable, a abandonar los escarceos literarios. Pero todo en vano; su inteligencia superior, su imaginación morbosa y su incontenible vocación literaria lo llamaban a un más allá que parecía utópico para los demás pero no para el joven poeta. Con una sana ingenuidad y con una simpatía innata, a pesar de sus locuras, se hacía querer de todos y convencía con su fe a quienes le aconsejaban que él sería algo.

Un día resolvió marchar a Copenhague; su madre consultó el caso con una vieja adivinadora, quien le dijo que algún día la ciudad de Odensea haría iluminaciones en honor de Christian; fortalecido con tan buenos augurios, con trece escudos en el bolsillo, un pequeño lío a la espalda y una recomendación que un su amigo por quitárselo de delante le da para la señora Small, primera bailarina del Teatro Real, vemos a Andersen camino de la capital el 5 de septiembre de 1819. De suponer son los apuros, tentativas, desilusiones del joven provinciano en una ciudad para él desconocida, sin amigos ni recursos. Poco a poco va descorazonándose al ver frustrados sus proyectos; la bailarina no lo recibe y va sintiendo la angustia de la frustración, el aguijón del hambre y la vergüenza de su falta de vestidos. Un día se presenta al

director de un teatro de segunda para pedirle que lo contrate; está usted demasiado flaco, le dice el director; pues bien, le contesta Andersen, déme usted cien escudos y de mi cuenta corre el engordarme. Pero el director lo rechazó por falta de instrucción.

Recorre la ciudad un día y otro día; su pequeño caudal se ha agotado, encuentra un aviso en el que se solicita un aprendiz de carpintería; pero ante las burlas de los oficiales tiene que abandonar el puesto a los pocos días.

Y aquí es necesario anotar la importancia que estos sufrimientos y este medio ambiente en que le tocó vivir así en Odensea como en Copenhague, prestaron como experiencia a Andersen; permítaseme citar las palabras de Sven Maller Krestensen:

“El medio ambiente proletario prestó al futuro escritor dos ventajas, lo que se podría llamar dos experiencias distintas, que no están a disposición de los jóvenes con talento pertenecientes a clases sociales más elevadas. La una era el haber crecido en el ambiente eminentemente popular, un ambiente de antaño, que también se podría calificar de primitivo, completamente colmado de residuos; debiéndose aquí mencionar el hecho de que su madre era en extremo supersticiosa y de que ciertas particularidades en la vida de Hans Christian Andersen muestran en forma patente, cuán profundas raíces tenía en él la creencia sobre magia que emanaba de algunos objetos. Esto, como es natural, dió alimento continuo a la fantasía que poseía, reforzándola. La otra de las ventajas que le concedió el citado ambiente proletario fue el fortalecer su sentido de la realidad, puesto que tenía fundadas experiencias sobre lo que es la vida; como niño pobre tuvo ocasión de ver los bajos fondos de la sociedad; miseria y andrajos, borrachos y prostitutas, y, en la cárcel y en el manicomio de Odensea, seres que una vez habían sido hombres, pues el niño iba a muchos lugares a causa de que con sus cuentos y canciones entretenía a la gente”.

Así las cosas, Andersen no veía otra solución a su vida que retornar a su ciudad natal; pero su amor propio se rebelaba con la burla de que iba a ser objeto por parte de sus paisanos y así resolvió morir primero de hambre antes que volver a Odensea. Un día tuvo una coronada; recordó que en un periódico había leído que un tal Siboni era el Director del Conservatorio de Música y como estaba en la convicción de que poseía una bella voz, se fue sin más a casa del italiano, quien en ese día almorzaba con el músico Weyse y con el poeta Bagesen. Más por curiosidad que por interés fue recibido por Siboni. Ante los tres artistas, Andersen cantó primero y los dos músicos quedaron prendados de su voz y luego recitó una elegía y el poeta Bagesen con los ojos nublados por el llanto le dijo: “Bien muchacho, llegarás a ser algo; yo te lo predigo”. La comida terminó con una colecta de setenta escudos con los que el pobre Andersen alivió su hambre; mas vino el invierno y debido a su poca vestimenta pilló un resfriado y perdió la voz.

Tras esto se dirigió al poeta Guldber quien al ver sus versos quiso convencerlo de que era menester para escribir correctamente estudiar gramática; pero lleno de compasión lo recomendó al primer actor del Teatro Real para que le enseñara declamación; de seguro el

actor era pésimo maestro, pues a los pocos días desahució a Andersen como incapaz para la escena y aconsejó a Guldber que lo dedicara a estudiar latín. Poco provecho sacó Andersen del idioma de Virgilio y Cicerón; así pronto abandonó dichos estudios y viendo que no había podido realizarse ni como actor ni como cantante se dedicó a bailarín sin que lograra hacerlo muy bien. Así volvió a caer en las garras de la miseria hasta que recobró la voz; pero como su protector no quería que fuese cantante sino latinista, lo abandonó a su suerte.

En este tiempo consoló su tristeza con la composición de dos malas tragedias; "La Capilla del Bosque" y "Los Bandidos de Vissemberg" que nunca fueron, como era obvio, representadas. La situación era cada día más angustiada; quiso hacer un postrer ensayo poniendo en ello todo su esfuerzo escribió la tragedia "Afsol" la cual consideró como su obra perfecta; la presentó al Preboste Gudfeldt quien con carta especial le envió a Collin, Director del Teatro quien aunque la consideró irrepresentable halló en ella fragmentos que revelaban el talento de su autor; por ello quiso proteger de una manera efectiva a Andersen y considerando que lo que le faltaba no eran disposiciones sino instrucción, le consiguió del Rey Federico VI una beca en el Colegio de Salgelsée.

Contaba Andersen con 19 años y el mayor de sus condiscípulos apenas tendría 10. A pesar de esta circunstancia que habría servido para acomplejar a cualquiera, su interés por el estudio y su inteligencia supieron triunfar sobre todas las dificultades y así lo vemos terminar airoso los estudios humanísticos a los 23 años. Fue en este lapso cuando cosechó el primer triunfo literario con su poesía: "El niño moribundo" de donde partió su fama como poeta, fama que lo acompañó hasta el fin de sus días. La gloria le había sido esquiva hasta ese momento, pero en adelante habrá de serle propicia porque la había adquirido a costa de muchas lágrimas.

En 1828 ingresó a la Universidad de Copenhague donde prosigue sus estudios. Dotado de los instrumentos estéticos necesarios para expresar los sentimientos de su alma, ya su poesía no es el pajarillo que hasta entonces estaba prisionero por llevar recortadas las alas, ya no es la emoción que se queda sepultada en el alma por no hallar el verso que la cante; así que en este tiempo se dedica a producir poesía y con éxito tan asombroso, que ya no solamente tiene consigo a la gloria que tan ansiosamente buscó sino a la fortuna que hasta entonces tan esquiva le había sido. Todos los salones aristocráticos y los círculos literarios se le abrieron de par en par; trabó conocimiento y amistad con los grandes del reino; vinieron la calma y la alegría y como aquella **Almendrita** del cuento, después de tantos sinsabores había pasado para su alma el rudo invierno y encima de las alas de la golondrina de sus ilusiones, volaba sobre el mundo por el sereno azul de sus más caros ensueños.

El romanticismo estaba en boga como escuela literaria; a él se afilió Andersen no tanto por ser la moda, sino por que los cánones estéticos de la escuela estaban acordes con su temperamento, con su sensibilidad casi morbosa y con su alma soñadora. Eran pontífices de la escuela de Dinamarca Ochlenschloeger e Ingeman, quienes estimaban

a Andersen y formaron con él una especie de terceto poético; entre los poetas citados, Oersted y su viejo protector Collin consiguieron del Rey que enviase a Andersen por espacio de dos años con el fin de estudiar la literatura, los usos y costumbres de Alemania, Suiza, Francia e Italia; empezó así su vida de viajero infatigable, de peregrino emocionado, que recorrió el mundo europeo devotamente observándolo todo, asimilándolo todo: paisaje, poesía, costumbres, color local y traduciendo todos estos conocimientos en descripciones de viajes o en pura poesía, colocándose así entre los primeros literatos de los países del norte. Su viaje por Alemania le puso en comunicación con los poetas Chamiso y Tieck, quienes tradujeron sus obras, las hicieron conocer así en aquel país como en el Continente, adquiriendo desde entonces su nombre fama europea.

Desde 1833 siguió escribiendo y viajando por toda Europa hasta el final de sus días, novelas, cuentos, dramas, comedias, zarzuelas, trabajos periodísticos y toda clase de composiciones literarias. La colección completa de sus obras publicada en Leipzig durante los años de 1847 y 1848 comprendía ya 35 volúmenes. Larga sería la enumeración de algunos títulos de esas obras, puesto que para esta charla sólo nos interesan los célebres cuentos que llegan al número de 157 y de los que vamos a ocuparnos más adelante. Sin embargo, permítaseme para hacer un recuento de su obra literaria citar de nuevo a Sven Maller Kristensen:

“Andersen gustó siempre de hacer viajes y visitar países extranjeros, hallando en estos viajes una fuente perenne de inspiración y de alegrías; su primer ensayo en prosa es una fantástica descripción de “Un viaje a pie de Copenhague al extremo oriental de la isla de Amager” (1829), al cual siguió “Figuras de sombras” (1831) influido por Heine e inspirado en un viaje a Harzen; más tarde hizo muchos viajes, especialmente a los países mediterráneos; así un viaje por Alemania, Italia, Grecia, Turquía y vuelta, subiendo por la cuenca del Danubio, dió lugar a un magnífico libro de viajes “El bazar de un poeta” (1842), y más tarde aparecieron otros dos libros de viajes: “En Suecia” (1851), y “En España” (1863). En estas descripciones Andersen da una muestra patente de sus facultades de observador atento y la satisfacción con que acogía todo suceso que le saliese al camino, muestra, asimismo, su sentido de la realidad y la sensibilidad con que absorbe la poesía que amana de sucesos corrientes, así como en un tiempo en que imperaba el romanticismo más puro podía anotar los adelantos de la técnica e incluso presentar las enormes posibilidades que ésta encerraba, y por ello vemos que dando suelta a su poderosa imaginación habla de aparatos voladores y de fenómenos técnicos que nos hacen pensar en la radiofonía”.

“Más conocidas son sus novelas, la primera de las cuales apareció en medio del entusiasmo que le había producido el encuentro con Italia. Su título es “El Improvisador” (1835), rápidamente traducida a varios idiomas. Fue seguida de “O. T.” (1836) y de “Tan solo un ministril” (1837); tanto en la primera como en las obras citadas en segundo lugar, se encuentra un común denominador en lo que pudiera llamarse un elemento autobiográfico y otro de sucesos vividos, puesto

que en ellos se relatan impresiones de infancia y juventud, las penas y miserias de un joven artista, así como pintorescas descripciones que pudieran ser las de un libro de viajes. En **"Las dos baronesas"** (1848) desaparece la característica de subjetividad, mientras aumenta el relieve del problema social, puesto que las dos heroínas de la novela, las dos Baronesas, resultan haber nacido en las más bajas de las clases sociales. Sus últimas novelas son **"Ser o no ser"** (1857), sobre la lucha entre la fe y la razón y **"Pedro el dichoso"** (1870)".

La profesía de la adivina de Odensea se había cumplido para Andersen a cabalidad. Llevaba una vida llena de tranquilidad y sosiego; sus sueños de gloria habían sido colmados; era querido por las altas clases y el pueblo; aquellas por su talento, éste porque en sus obras, había sabido interpretar sus íntimos sentires y quererres, sus dolores y alegrías, sus sentimientos y sus aspiraciones. El 2 de abril de 1875 el Rey lo nombró Comendador de la Orden de Danebreg; poco, muy poco pudo disfrutar de tal distinción pues pocos meses después murió en Roleghed a los setenta de su edad y con general sentimiento del pueblo danés, y de los círculos literarios europeos.

## LOS CUENTOS

Para quienes iniciamos la vida de nuestra imaginación con la lectura de los **"Cuentos"** de Hans Christian Andersen, constituye el mejor de los placeres el releer esas páginas en que viajamos al mundo del ensueño, unas veces con **Almendrita** sobre la ancha hoja de nenúfar arrastrada por la mariposa; otras, con **"Los príncipes encantados"** que por obra y gracia de su madrastra bruja son convertidos en blancos cisnes y librados del extraño sortilegio por su hermana la princesa **Leonor**; otras con **"El patito feo"**, en el que Andersen describió simbólicamente su vida, por la triste odisea que termina cuando en una mañana de primavera se ve convertido en el más hermoso de los cisnes del estanque. Acompañamos al **"Soldadito de plomo"**, quien perseguido por el muñeco de la barba verde, casi termina su vida entre las llamas; seguimos anhelantes **"La historia de una madre"** que va tras de la muerte, con el ánimo de rescatar a su hijo hasta el país del más allá; oímos el diálogo del trompo y la pelota en **"Una pareja de enamorados"**; nos deleitamos con la **"Historia de Waldemar Daae y sus hijas, contada por el viento"**; sonreímos de la vanidad humana y nos atrae profundamente la humildad conforme en **"La bujía y la vela"**; encontramos una similitud con la vida nuestra, en la suerte de **"Los cinco guisantes"**; hallamos una muestra de fina ironía en **"La sopa al asador"**, **"Lo que hace mi marido bien hecho está"**, **"El escarabajo"**, **"El nuevo traje del emperador"**, **"Los chanclos de la fortuna"**, **"El hombre de nieve"**, y **"El duende y el abacero"**; nos conmovemos con la lectura de **"El niño en la tumba"**, **"La caja de cerillas"**, **"La reina de la nieve"** y **"Bajo el sauce"**; con las alas de la imaginación seguimos interesados la aventura del soldado de la **"Caja de yesca"**, los sinsabores de **"La sirena"**, los bailes de **"Las flores de la pequeña Ida"**; la inteligencia de un pobre en **"Nicolason y Nicolasillo"**, el vuelo sobre montes y ciudades de **"El baúl maravilloso"**, el castigo del orgullo de una princesa en

**“El porquerizo”**, el viaje a través de una chimenea de **“El negrito y la pastora”**, oímos con creciente interés lo que cuentan los vientos a un príncipe en **“Paraíso y tentación”**, miramos el paraguas encantado de **“El viejo conciliabueños”**, que cada noche cuenta a los niños formales una historia hermosa, y a la vieja luna narrar cada noche a un pobre muchacho que vive en una bohardilla algo de lo que desde lo alto del cielo está viendo en **“Lo que contó la luna”**, seguimos el incesante bailar de Karen en **“Las zapatillas rojas”** y nos dejan pensativos por la profunda filosofía que encierran **“Las aventuras de un cardo”**, **“Las escenas de corral”**, **“Algo”**, **“El sapo”**, **“Los vecinos”** y **“El compañero de viaje”**.

Los ciento cincuenta y seis cuentos que Andersen escribió durante su vida y que han sido traducidos a todos los idiomas y leídos ávidamente por niños, adultos y viejos de todos los países, son lo que al autor lo han hecho inmortal; sus dramas, novelas, ensayos, poesías y libros de viajes, han envejecido y apenas si hoy se mientan y así como el recuerdo de Perrault, de los hermanos Grim, del Canónigo Schmidt y del Padre Coloma no los asociamos sino con los **Cuentos** infantiles, prescindiendo de otras obras o cualidades que poseyeron, a Andersen lo recordamos hoy, solamente por sus célebres **“Cuentos”**.

Cuál es la explicación de este fenómeno? A nuestro juicio no es otra que la profunda sicología con que fueron concebidos, su conocimiento exacto del alma infantil, su grande fuerza imaginativa y su estilo inigualable de narrador que aún a través de regulares o malas traducciones conservan la soltura, amenidad e interés que les han dado su actualidad y su gusto.

Todos los sentimientos, emociones y aún pasiones despiertan en el niño como al contacto de un instrumento mágico con la lectura de los Cuentos de Andersen. El mundo de lo maravilloso, ese mundo en que se vive durante la infancia, desciende al alma infantil al conjuro de su lectura. Los hechos naturales o sobrenaturales están narrados tan sin esfuerzo, con tanta originalidad, con tal maestría en el manejo de la verdad artística, que su narración no choca ni tortura, ni al niño ni siquiera al hombre de lecturas.

Como lo referimos enantes, Andersen fue un niño solitario que supo en medio del silencio verlo, sentirlo y contemplarlo todo; ya desde esa edad se estaba efectuando la elaboración inconciente de sus cuentos de Hadas; más tarde, cuando joven, en medio de un ambiente que ni lo comprendía ni lo apoyaba, por las calles de Copenhague, siguió pensando y soñando refugiado en su torre de marfil para olvidar su miseria y cuando la estrella del triunfo brilló para su alma, a través de sus frecuentes viajes, su imaginación fue apoderándose de los diversos paisajes que con mano maestra pintó en sus cuentos, como telón de fondo en que actúan sus personajes reales o imaginarios.

En Andersen se cumplió aquello de Nietzsche: “De todo lo escrito, amo solamente lo que el hombre escribió con su propia sangre. Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu”, porque sus Cuentos son real o simbólicamente una experiencia vivida, un esfuerzo de introspección, una reminiscencia de la infancia, un recuerdo de algo que vió, oyó o sintió en su niñez, cuando solitario contempla-

ba las golondrinas cruzar el cielo de su ciudad, o las cigüeñas extáticas sobre las viejas chimeneas, o los cisnes majestuosos en el estanque de los añosos castillos, o los cardos, rosas y margaritas en los jardines, o las aves de corral parlotando incesantes, o los escarabajos en su morada de los árboles carcomidos, o los sapos croando en el arroyuelo y todos esos seres familiares cuyas voces sólo entiende el poeta. Porque no hay que olvidar que Andersen es en sus cuentos un poeta en prosa; por la imaginación, por el sentimiento, por el sentido del paisaje, por la ternura de algunas de sus narraciones, por esa melancolía que toda la vida lo acompañó, así cuando nos narra "El cuento de mi vida" como cuando nos habla de los humildes, de la muerte, del amor, de la madre, de Dios, del más allá y de tantas cosas, que interesan con la misma intensidad al niño y al hombre que peina canas.

Hijo de su siglo y de su época, Andersen fue un romántico así en su vida como en su obra. Nada mejor que sus "Cuentos" para observar cómo en ellos se cumplieron los cánones de la escuela.

En primer lugar hay que anotar la íntima correspondencia entre la vida de Andersen y su obra literaria; en cada cuento encontramos algo de sí mismo; cada personaje representa un anhelo o una realización, uno de sus sueños de infancia o una de sus experiencias de su juventud o edad madura; hay, pues, en los Cuentos algo de autobiografía expresada de una manera simbólica.

El mundo del más allá, que para efecto de los Cuentos de Andersen son las hadas, gnomos y seres extraordinarios de que la mitología nórdica está llena, le sirve para desenvolver lo maravilloso de sus narraciones; no se contenta con ver lo que todos vemos sino que a los seres animales les concede algunas facultades humanas y al hombre le dá la ayuda de seres suprasensibles; esto está muy de acuerdo con el alma infantil que no solamente da vida a lo inanimado sino que crea seres que viven con ella así en la vigilia como en el sueño.

Recordemos que la niñez y juventud de Andersen fue una aspiración incesante a ser y hacer algo en la vida; por ello no se conformó en la provincia y marchó a la ciudad; por ello rechazó una comodidad de acuerdo con su clase y sufrió pobreza, desprecios y miseria. Esa aspiración a superarse es temperamental del alma romántica que es inconforme con lo presente y prefiere refugiarse en los recuerdos del pasado o en la esperanza del futuro. Los Cuentos no fueron sino un efecto de lo primero; la aventura de su vida fue consecuencia de lo segundo.

En Andersen, como fiel discípulo de la escuela romántica, predominan la fantasía y el sentimiento. Claro que sus **Cuentos** encierran una idea que comúnmente se resuelve en un fin moral o educativo, en una enseñanza para la vida; pero su sensibilidad que es pureza, suavidad y delicadeza se apodera de los temas y los trata de una manera vivida y su sentimiento se trasparenta de tal modo, que la primera domina la fantasía infantil por su interés y el segundo le gana el corazón por tocarle su manera de sentir, de pensar y de obrar.

Hallamos la temática romántica a través de todos los Cuentos. Unas veces es la naturaleza exterior que tiene voces misteriosas ya es el mundo animal, como en las plantas, el agua, el fuego, el viento

y las brisas, la nieve y el bosque, la luz, el sol y la luna y los seres inanimados; otras veces es el hombre con sus sentimientos de amor, dolor, angustia, desesperanza, bien y mal; otras, finalmente, son los seres sobrenaturales: Dios, la Virgen Santísima, los Angeles, las Hadas, los Duendes y todo lo que constituye el mundo de lo maravilloso que es el mejor manjar para las fantasías infantiles.

Nada más complicado que la sicología del niño; por eso son tan pocos los autores que han podido dominar totalmente la literatura infantil. Entre ellos tenemos que considerar a Andersen como maestro insuperable; lo prueba el hecho de que a pesar de este siglo mecánico en que un horroroso positivismo se ha apoderado del mundo, los niños de todas las latitudes oyen y leen sus cuentos con interés. Ello se debe sin duda a su valor estético, cosa que es necesario tener en cuenta; pues en literatura como en arte sólo lo que esté dotado de valores estéticos universales no envejece, ni perece; porque la belleza es eterna como Dios.

A veces no nos detenemos a analizar el significado de ciertas obras, por creerlas de escasa significación y por subestimar el contenido estético de las mismas. Esto sucede a menudo con la literatura infantil; pensamos que escribir cuentos a lo Perrault, a lo Grimm, o a lo Andersen es labor harto fácil y aún cuando sepamos esos cuentos de memoria y los narremos emocionados a nuestros hijos, no paramos mientes ni en el contenido moral y filosófico, ni en la forma literaria ni en el gozo que ellos nos están proporcionando o la felicidad que en el niño ocasionan. Esto sucede por un defecto de perspectiva; no apreciamos como los héroes de Maeterlink en "El pájaro azul", aquello que tenemos cerca de nosotros y por sernos familiares lo consideramos sin importancia y no nos detenemos en su análisis crítico.

Uno de los géneros más difíciles de la literatura es el cuento; es más fácil escribir una novela de extensión que un cuento para niños. La novela tiene un largo desenvolvimiento para pintar caracteres, dibujos, paisajes, analizar personajes y adornar sus diversas partes con todas las filigranas que se quiera. El cuento que es "una relación no muy larga, sencilla, graciosa e interesante de un suceso real o ficticio", es en su desempeño muy exigente porque con un brochazo hay que dibujar los personajes, en pocas líneas analizar los caracteres, sin largas digresiones dar interés a la narración y sin filigranas conservar la verdad artística; todo esto en un estilo claro, sencillo y salpicado de gracia.

Los Cuentos de Andersen, son pues, obras de arte; es necesario considerarlos así, pues sólo de este modo podemos explicar su perennidad. El supo revivir sus recuerdos de niñez; con cariño creó sus personajes y entregó al mundo infantil esas bellas narraciones que en esa edad han sido la mayor realidad y para las demás edades de la vida el más dulce recuerdo; porque Andersen en sus cuentos se muestra poeta para los niños y filósofo para quienes han dejado de serlo. Dotado de una gran inventiva, de originalidad, de grande imaginación, de poderoso sentimiento, de fina ironía, de riqueza de imágenes y de sano humorismo, supo como dice un autor "con la varilla mágica de su genio privilegiado no sólo animar el corazón de los hombres, si-

no convertir en inteligencia el instinto de los animales, caracterizarlos por sus actos, y prestarles un lenguaje a propósito, dar vida y carácter a los objetos inanimados, a las flores, a las piedras, a los muebles, a los juguetes, a todo lo que puso en contacto con su varilla para informar sus creaciones; supo inundar de luz sus paisajes, poblar de seres desde el cáliz de las flores al infinito espacio, prestar acentos al viento, a los rayos del sol, a las brumas, a todo lo creado; y en fin, supo combinar siempre con éxito la realidad con la imaginación, el hombre con la naturaleza, el sentimiento interno con las galas de lo creado y de lo fantástico.

Conforta el ánimo el pensar que en este siglo XX que va envejeciéndose, mientras el mundo apenas se está reponiendo de los desastres de la segunda guerra que en él ha ocurrido, mientras el más crudo positivismo reina en todas las capas sociales y el más grosero pragmatismo se ha apoderado de todos los corazones; mientras los valores espirituales sufren un eclipse y nadie piensa sino en la ganancia desmedida, en el gozo pasajero de los sentidos o en el odio que seca el corazón, en todo el mundo se hayan conmemorando devotamente los ciento cincuenta años del nacimiento de Hans Christian Andersen y añorando el alma se hayan evocando las figuras inmortales de sus cuentos de hadas y añorando tiempos mejores podamos decir con el poeta:

“No existen las Hadas, se dicen las gentes  
sensatas y serias; lo dice el señor  
burócrata calvo de vientre rotundo...  
y existen las Hadas...! Si lo sabré yo!”